

En mi intención de demostrar que el joven latino americano tipo actual está materializado y necesita reformarse a sí mismo, exponía el sábado anterior cómo él prefiere pasar su existencia en la forma más fácil posible a esforzarse por hacer una vida propia que concuerde con sus aspiraciones, y cómo éstas, generalmente confusas, carecen de la potencia de realización necesaria para poder llamarse ideales.

Ahora bien; estas señales evidentes de materialización revelan también, lo que es peor, superficialidad. El joven de nuestro tiempo no le toma el peso a la vida, ni a sus circunstancias, ni a las actitudes que en ella adopta o pueda adoptar; eso le es indiferente. Existir es para él verse en la necesidad de pasar un tiempo más o menos largo en el gran escenario de la tierra. ¿De qué manera.- En la forma más cómoda que le sea permitido. Le agradecería que el papel que representa fuera lucido, pero lo único verdaderamente importante es que no imponga deberes muy difíciles ni exija demasiados sacrificios. No comprende la disyuntiva inexorable de Hamlet: ser o no ser, ni se afana ante ella. Quisiera ser, pero no afronta la lucha que ser impone... y no es. No entierra el puñal en su carne; pero virtualmente, en su esencia, se suicida; su vida no es nada en el lento caminar de la humanidad; sus huellas, improntas pasajeras, si es que algunas deja, se esfuman ignoradas hasta de los suyos, juntas con él.

Y quien se dé el trabajo de examinar su actividad afectiva e intelectual se convencerá que tal superficialidad no es una suposición antojadiza de algunos individuos pesimistas, rencorosos o mal intencionados, sino una triste realidad que aun los hombres optimistas -yo me cuento entre ellos- debemos reconocer.

Podrá justificarse que el mundo de las emociones y de las pasiones no presente en su existencia un campo fecundo y hermoso; el refinamiento de aquellas y la nobleza de éstas son cualidades propias de espíritus cultivados, poseedores de una sensibilidad exquisita o de temperamentos y caracteres extraordinarios. El común de los individuos sólo son capaces de experimentar emociones vulgares o pasiones egoístas y groseras; lo doloroso es que esa vulgaridad, ese egoísmo y esa grosería son más frecuentes, más acentuadas, más características hoy que en ninguna otra época.

Pero no encuentra justificación, y es patente indudable de superficialidad el hecho de que los sentimientos más genuinos y representativos de la personalidad humana aparezcan en él debilitados y muchas veces falsificados.

La dignidad y el honor no las aprecia precisamente por la ejemplaridad de la conducta de un individuo, ni por la concordancia de sus actitudes con sus principios. El hombre, correcto, sin vicios, cumplidor de sus deberes, no le merece más respeto que el que no lo es; decir de una persona que es buena es algo así como llamarla tonta. Al tipo idealista lo califica muchas veces, en forma despectiva, de Quijote o de loco. Y la palabra probidad tiene en su vocabulario un sentido bien extraño: quien no ha robado, aunque especule en sus negocios, atienda mal sus obligaciones, deshaga hogares o produzca de cualquier otro modo la desgracia de un tercero, siempre es hombre probó. El seductor no piensa jamás que al engañar a una infeliz le está usurpando su honra, y después de hacerlo, no se siente por llo menos digno, sino, por el contrario, "más hombre". El honor es para él un producto de exportación; es como el ropaje de que el hombre se reviste para que los demás lo juzguen. Los actos más repugnantes no deshonoran si no trascienden al exterior. Sucede

con el honor algo parecido a lo que con la limpieza: hay ciertas personas que sólo se lavan la cara y las manos, porque lo demás: ¿para qué, si nadie lo verá?

El sentimiento de respeto ha desaparecido del joven tipo actual. Ni los valores consagrados, ni las cosas más venerables, ni las más dignas de piedad, escapan a su petulante crítica. Ni a su sonrisa irónica y mordaz.

Y también el más grande de los sentimientos de que el hombre es capaz: el amor, especialmente en una de sus formas: la amistad, va perdiendo hoy día lo más profundo y sublime de su significación.

Decir amor, como decir amistad, supone atracción, conexión, comprensión, fidelidad, y no digo entre dos seres, porque también las cosas que no tienen la calidad de tales pueden ser amadas. Amar es hacer un esfuerzo por descubrir el alma, -es decir, una incógnita-, que se esconde tras algo que nos agrada, o nos interesa, o nos entusiasma, o nos cautiva. Amamos una flor cuando queremos empaparnos de su esencia, o fijar dentro de nosotros, haciéndolo algo del propio "yo", el colorido de sus pétalos. Amamos la naturaleza cuando la sentimos nuestra, y al verla viendo que hay en ella algo secreto, arcano, sobrenatural, que no se nos entrega, lo perseguimos ansiosos. Amamos un libro cuando intentamos penetrarnos de su contenido y conculgar con él. Amamos una música cuando hacemos algo por dominar el misterio que entrañan cada una de sus notas. Amamos a un semejante, y lo decimos amigo, cuando hay algo en él que nos atrae y nos mueve a descifrar el enigma de su vida y a sentirlo unido al nuestro. Y si ese semejante es una mujer, determina nada y única, que se nos aparece como imprescindible; y esa atracción es tan fuerte como la del imán, y funde, fusiona, y hace de dos vidas una sola, entonces nos encontramos en presencia del amor en su forma más completa, perfecta y elevada. Y todos esos querer, esos intentos, esos deseos, -de comprensión siempre-, jamás llegamos a satisfacerlos en su totalidad; pero a medida que progresamos en ellos, al comprender mejor, amamos más. Y los objetos -y sujetos a la vez-, de esos amores, nos son más nuestros, más imprescindibles, más amados, y también les somos nosotros a ellos más fieles, y les ofrendamos, sinceros y espontáneos, una parte de nuestras vidas.

Por eso hay un amor, uno sólo, del cual siempre podemos estar seguros: el de la madre, porque en ella nunca faltará la comprensión hacia el hijo, hacia el ser que llevó en sus entrañas, que amantó y formó.

Pero, vuelto al punto de partida. En lo que el joven tipo actual llama amor, y en lo que denomina amistad: ¿existe ese afán de comprensión, y esa fidelidad de parte del que dice amar; tiene el ser amado ese carácter de imprescindible - que le he referido?

Buscad la respuesta en lo más hondo de ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ vuestra intimidad, y una nube de tristeza ~~XXXXXX~~ ensombrecerá vuestros espíritus.

Pero aun hay más.

PATRICIO AYLWIN A.-

Oct. - 1937

Publicado en "La Idea"